

DEZHNEV:

el gran periplo del Colón ruso

Диастассия
Espinel
Souares



*Nuestro Colón ruso, a través de las aguas turbulentas navegaste hacia las
tierras desconocidas...*
Mijaíl Lomonósov

En todos los mapas modernos, el extremo oriental del continente euroasiático, aquel promontorio alto y rocoso entre las gélidas aguas del estrecho de Bering y el mar de Chukchi, se denomina el cabo Dezhniov. Desde nuestras primeras clases de geografía aprendemos su ubicación exacta pero casi nunca nos preguntamos qué es lo que realmente se oculta tras aquel nombre. ¿Quién era Dezhniov el hombre y no aquel punto en el mapa? En realidad, es muy poco lo que se sabe sobre la vida de aquel gran navegante, explorador y aventurero que se convirtió en el primer descubridor del estrecho entre Asia y América. Debido a la escasez de documentos oficiales, resulta problemático recrear su biografía completa, por lo que vamos a limitarnos a algunos momentos claves de su vida y a sus descubrimientos más importantes.

Su nombre completo era Semyon Ivánovich Dezhniov. Nació alrededor del año 1605 en Velikiy Ústiug o, según otra versión, en el pueblo de Pinega cerca de aquella ciudad al norte de Rusia; la fecha exacta de su nacimiento se desconoce, al igual que los detalles de su niñez y su juventud temprana hasta que entre los años 1628-1630 abandonó su tierra natal para unirse a un regimiento cosaco y partir a la conquista de Siberia, aquel Nuevo Mundo para los rusos de su época.¹

¿Qué impulsó al joven Dezhniov a emprender aquella primera aventura de su vida? Para entenderlo, es preciso analizar el panorama histórico de Rusia del primer cuarto del siglo XVII, una época de grandiosos cataclismos políticos y sociales. Los turbulentos años del Gran Desorden (1605-1612), período de interminables conflictos, intervenciones extranjeras e intrigas de los usurpadores rusos, debilitaron el poder de los zares y pusieron la nación entera al borde de un colapso. Aunque la expulsión de los invasores polacos y la coronación del joven monarca Mijaíl Románov pusieron fin a aquel caos y rescataron la soberanía nacional, las escaramuzas en diferentes provincias, provocadas por algunos representantes de la nobleza descontentos con la imposición de la nueva dinastía y los conflictos

“para no morir de hambre,
teníamos que cazar y pescar
todos los días, y para no morir
de frío fabricar nuestra propia
ropa y calzado”

fronterizos con Polonia y Suecia, se prolongaron por muchos años más. Tratando de fortalecer su poder, los primeros zares Románov, tanto Mijaíl como su hijo y heredero Alexei, aumentaron los impuestos imponiendo al campesinado, aquella mayoría absoluta de la población, un régimen de servidumbre cada vez mayor. Como resultado, miles y miles de campesinos rusos, sobre todo los hombres jóvenes y emprendedores, abandonaban las sobrepobladas provincias centrales e ingresaban a las filas de los cosacos para buscar un futuro mejor en la lejana Siberia, aquella tierra de oro y diamantes, maderas preciosas, pieles finas y otras riquezas incalculables.

El primer destino de Dezhniov fue Tobolsk, una de las primeras ciudades rusas al otro lado de los Urales; luego su regimiento se trasladó a Siberia Oriental, primero a Yeniseisk, y finalmente, en 1638, a la recién fundada Yakutsk, a orillas del caudaloso Lena, el décimo río más grande del mundo, en pleno corazón del territorio ancestral de los yakutos, aquellas tribus túrquicas de cazadores y pastores seminómadas, en su mayoría hostiles a las autoridades coloniales y a los rusos en general.

Los primeros años en Yakutsk fueron sumamente difíciles para Dezhniov y todos sus compañeros. Más que una verdadera ciudad, Yakutsk en los tiempos de Dezhniov era un típico *ostrog*, puesto fortificado con empalizada y torreones de madera sobre la abrupta orilla del Lena, rodeada por la intransitable taiga siberiana, así como por escarpadas montañas e interminables pantanos. El salario anual de un cosaco raso consistía en “5 rublos en moneda, 5 *pud*² de harina de centeno, 4 *pud* de cebada para el caballo y 1,5 *pud* de sal”.³ Incluso aquel modesto sustento nunca llegaba a tiempo, lo que no resulta extraño si tenemos en cuenta las distancias siberianas, las inclemencias del clima y el pésimo estado de las pocas rutas transitables. Según el mismo Dezhniov, “para no morir de hambre, teníamos que cazar y pescar todos los días, y para no morir de frío fabricar nuestra propia ropa y calzado”.⁴ Aquella desesperación resulta más que comprensible pues Yakutsk se encuentra a solo 450 kilómetros del círculo polar ártico.

Aunque las autoridades solían ignorar las necesidades básicas de los cosacos, jamás olvidaban

exigirles el cumplimiento de sus numerosas obligaciones: garantizar la seguridad de los colonos rusos, someter a los rebeldes yakutos, poner fin a las guerras tribales, convertir a los “infieles idólatras” a la fe cristiana y, ante todo, obligarlos a pagar el *yasak*, el tributo en pieles, una obligación odiada por todos los pueblos nativos de Siberia. Los yakutos, aquel pueblo orgulloso y amante de la libertad, que habitaba en el extenso territorio alrededor del Lena y sus afluentes mucho antes de la llegada de los primeros colonos rusos, se sentía profundamente indignado ante la perspectiva de abandonar sus antiguas costumbres, aceptar a un único Dios cristiano en vez de sus divinidades ancestrales, tener que resolver sus disputas ante el tribunal presidido por un gobernador enviado desde Moscú en vez de los torneos entre los mejores guerreros de cada tribu y, más que todo, entregar la mayor parte de pieles finas, fruto del arduo y en ocasiones peligroso trabajo de todos los varones adultos, en beneficio del desconocido e insaciable zar ruso. Como resultado, las batallas entre los indígenas y los cosacos eran frecuentes y sangrientas, pues a pesar de los arcabuces, cañones móviles y otros avances técnicos de los rusos, los yakutos poseían la ventaja de conocer el territorio, hecho que les permitía exterminar destacamentos enteros, conduciendo al enemigo a pantanos, quebradas rocosas, espesuras de la taiga y otros sitios perfectos para tramar una emboscada. Muchos cosacos dejaron sus huesos en los bosques y pantanos de Yakutia; el mismo Dezhniov recibió nueve heridas y en más de una ocasión logró sobrevivir “únicamente gracias a Dios y a la santísima Virgen”.⁵

Sin embargo, en sus notas Dezhniov escribe no solo sobre las crueles batallas contra los nativos y las interminables discordias entre los mismos conquistadores, sino también sobre la extraordinaria naturaleza siberiana: el majestuoso panorama del Lena con sus numerosos afluentes, grandiosos desbordamientos y famosas arenas auríferas, los apacibles lagos de agua cristalina, los infinitos bosques de seculares alerces y pinos, los enormes peñascos de caliza blanca, semejantes a las columnas de gigantescos templos elevados por la misma naturaleza, y la exuberante flora y fauna de la región, en su mayoría desconocida para los



Reconstrucción de un *Koch*. Museo etnográfico Krasnoyarsk

Europeos de la época. En estos escritos se percibe una admiración no oculta y un auténtico amor por aquella tierra inexplorada y virgen, pues, a diferencia de la mayoría de sus compañeros, Dezhniov no soñaba con regresar a Rusia con arcas repletas de oro sino con echar raíces en su nueva patria.

También era uno de los pocos caudillos cosacos que se esforzaba por llevarse bien con los pueblos nativos. En sus apuntes Dezhniov reconoce que, “a pesar de que rezan a los ídolos, degüellan caballos y renos para los espíritus de rocas y árboles y luego se untan con su sangre, entierran a sus muertos en los árboles y hacen otras cosas repugnantes para cualquier cristiano, no carecen de valor, honestidad, nobleza de espíritu y otras cualidades envidiables”.⁶ Aquellos nativos, que servían en la guarnición de Yakutsk como guías, traductores y arrieros, describían a Dezhniov no solo como a un intrépido guerrero y talentoso estratega sino también como a un hombre magnánimo, justo, piadoso y, además, un hábil diplomático, pues era uno de los pocos rusos que había aprendido la lengua yakuta y podía comunicarse con los nativos sin ayuda de un traductor.

En 1640, tras una serie de batallas, el destacamento comandado por Dezhniov logró por fin capturar a Onokoy, el *toion* (cacique) del linaje Sychu, el más poderoso entre los rebeldes caudillos yakutos, con toda su familia y la mayor parte de sus guerreros que, aunque derrotados, estaban dispuestos a defender a su jefe aunque fuera con sus propias vidas. Tratando de evitar un nuevo derramamiento de sangre y de ganarse la simpatía de los nativos, Dezhniov le perdonó la vida y prometió devolverle la libertad y todos sus dominios a cambio de la conversión al cristianismo y la promesa de vivir en paz con los colonos rusos. El prudente cacique siberiano aceptó todas las condiciones; salió al encuentro de los cosacos con sus nueve hijos y puso a los pies de Dezhniov el símbolo de la paz: una lanza con una sarta de pieles de marta cebellina amarrada a su punta. Es más, demostró su fidelidad incondicional a la corona rusa ofreciéndole a Dezhniov la mano de su amada hija Abakayada y una generosa dote nupcial: extensos terrenos en la cuenca del



río Aldán con bondadosos pastos, cuantiosos rebaños de renos y vacas lecheras y bosques con abundante caza.

Los datos históricos sobre la esposa indígena de Dezhniov, aquella “Malinche siberiana”, son escasos. No se sabe cómo reaccionó ante la decisión de su progenitor de entregarla en matrimonio a un forastero desconocido; a lo mejor se sometió a la voluntad paterna sin objeción alguna, pues entre los yakutos, pueblo de tradición patriarcal, la mujer no podía decidir nada y solo debía obedecer (es muy simbólico que en la ceremonia nupcial la novia caminaba tras su futuro esposo agarrándose a la correa del látigo que él llevaba en la mano). En cuanto a su apariencia, todos los testimonios coinciden en que era una mujer muy hermosa, cuya belleza seguramente respondía a los cánones tradicionales del *Olonho*, la narrativa épica de los yakutos, según la cual una muchacha debe ser “esbelta como un joven abedul, de ojos como estrellas, de trenzas como dos ríos caudalosos, de rostro como la nieve recién caída y de cejas como la piel de marta cebellina”.⁷

La boda de Semyon Dezhniov y Abakayada Sychu se convirtió en el primer matrimonio oficializado en la recién construida catedral de Yakutsk, y el primogénito de aquella unión, Liubim Dezhniov, en uno de los primeros mestizos nacidos en la joven ciudad y en una verdadera promesa del futuro de aquellas tierras. Sin embargo, ni los placeres de la vida familiar, ni todo el amor de Dezhniov por su dulce Abakayada y el pequeño Liubim, pudieron aplacar el espíritu aventurero de aquel explorador nato, por lo que no tardó en cambiar la paz de su hogar en Yakutsk por los peligros de las numerosas expediciones que marcaron la siguiente etapa de su vida.

En 1642, junto con Mijaíl Stadujin, otro caudillo cosaco, Dezhniiov salió de Yakutsk a la cabeza de una numerosa expedición. Embarcados en varios *koch*,⁸ aquellos veleros tradicionales del norte de Rusia, diseñados para la navegación en las duras condiciones del Ártico, inicialmente navegaron por el río Lena, luego por su afluente Aldán y llegaron hasta la depresión de Oimiakón, actualmente famosa como el polo del frío del hemisferio Norte, donde las temperaturas invernales descienden hasta 70 grados bajo cero. Luego, la expedición siguió hacia el nororiente, ya navegando por los numerosos ríos, ya arrastrando los *koch* por tierra, a través de los bosques y pantanos, y en el verano de 1646 alcanzó la orilla occidental de un gran río desconocido que posteriormente recibiría el nombre de Kolymá (“el río profundo”, en uno de los dialectos indígenas). Cerca de la desembocadura de aquel gran río en el mar de Siberia Oriental, los cosacos fundaron un nuevo *ostrog* que recibió el nombre de Nizhnekolymsk. Al año siguiente, Stadujin y sus hombres partieron para Yakutsk con el fin de informar a las autoridades sobre el descubrimiento de una nueva ruta hacia el Océano Ártico y entregar al gobernador una generosa carga de colmillos de morsa, conocidos en Europa como “marfil ruso”. Mientras tanto, Dezhniiov permaneció en la recién fundada Nizhnekolymsk con solo trece cosacos, encargados de reparar los *koch* y explorar el territorio adyacente.

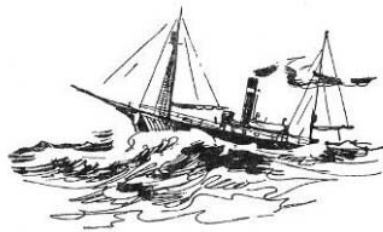
La población local —las belicosas tribus de los yukagiros que se encontraban en un nivel de desarrollo mucho más bajo que los yakutos, tenían la siniestra fama de caníbales y vivían en plena Edad de Piedra— intentó eliminar la poca numerosa guarnición de Nizhnekolymsk. En plena noche treparon los muros del *ostrog*, pero Dezhniiov con solo trece hombres rechazó exitosamente el ataque de más de quinientos guerreros indígenas, cuyas lanzas y flechas con puntas de sílex y hueso resultaron inútiles frente a los sables de hierro, arcabuces y cañones de los cosacos. Aquella lección enseñó a los yukagiros a respetar a los forasteros, pues no volvieron a molestarlos ni a merodear en los alrededores del *ostrog*.

En 1647, a orillas del Kolymá llegaron desde Yakutsk los tan esperados refuerzos y también un

joven noble llamado Vasili Vlásiev, recién nombrado por el nuevo zar Alexei⁹ como intendente supremo de Nizhnekolymsk y “de todas las tierras que iba a descubrir”. El joven y ambicioso Vlásiev envió una nueva expedición, encabezada por Dezhniiov y otros caudillos cosacos: Gerásim Ankudínov y Fedot Popov —este último acompañado por su fiel esposa yakuta Kivil—, al interior del Océano Ártico, a bordo de seis *koch* que transportaban noventa hombres.

El inicio de la expedición no fue favorable. Al salir a la desembocadura del Kolymá en el verano de 1648, el amontonamiento de grandes témpanos de hielo dañó considerablemente tres embarcaciones, obligando a sus tripulantes a regresar a Nizhnekolymsk. Otros tres *koch*, capitaneados por Dezhniiov, Popov y Ankudínov, lograron salir a mar abierto y en septiembre de aquel mismo año circunnavegaron la península de Chukchi y pasaron el estrecho que une el Océano Ártico con el Pacífico. De tal modo, Dezhniiov y sus compañeros se convirtieron en los primeros europeos que contemplaron las costas de Alaska, visitaron varias islas del estrecho de Bering pobladas por los esquimales y demostraron que América era un continente independiente y no unido a Eurasia.

Al salir al Océano Pacífico, una cruel tormenta dispersó los barcos. Los *koch* de Popov y Ankudínov fueron arrastrados al sur, hasta la península de Kamchatka, mientras la nave de Dezhniiov, con las velas rotas y los remos astillados, terminó estrellada contra las rocas en un lugar completamente desierto y despoblado al sur de la desembocadura del río Anádir. La situación de los veinticuatro naufragos sobrevivientes era desesperada, pues no podían sobrevivir por mucho tiempo en aquel territorio carente de agua potable, caza y plantas comestibles, por lo que se vieron obligados a emprender una marcha desesperada por la infinita tundra siberiana. Por el camino, Dezhniiov perdió la mitad de sus hombres, así que fueron solo doce cosacos los que llegaron con vida a la desembocadura del Anádir. Los sobrevivientes fundaron un nuevo *ostrog* llamado Anádirsky y vivieron allí prácticamente aislados del resto del mundo hasta que en 1650 una nueva expedición rusa, enviada desde Nizhnekolymsk por tierra, llegó a orillas



del Anádir con el acta oficial del nombramiento de Dezhniiov como intendente oficial de aquellas tierras recién descubiertas.

En cuanto a Popov, Ankudínov y otros tripulantes de los dos *koch* perdidos, no se supo nada sobre su destino hasta el año 1654, cuando Dezhniiov organizó una nueva expedición, esta vez a la costa norte de la misteriosa Kamchatka, donde, en una escaramuza con los koryaks, el pueblo aborigen de la región, los cosacos rescataron a una mujer yakuta en la cual Dezhniiov reconoció a Kivil, la valiente compañera de Popov. Según el testimonio de Kivil, los barcos fueron arrojados a las costas de Kamchatka, donde Popov y Ankudínov murieron de escorbuto, otros cosacos fueron exterminados por los indígenas, mientras ella misma terminó capturada y durante varios años vivió entre los koryaks “cumpliendo con los trabajos más sucios y alimentándose de sobras”.

Profundamente conmovido por aquel relato, y agobiado por la nostalgia por su propia mujer yakuta y su hijo, Dezhniiov envió a Vlásiev, el gobernador de Nizhnekolymsk, una solicitud de remplazo porque deseaba dejar su cargo en Anádirsky y regresar a Yakutsk. Sin embargo, logró hacerlo solo en la primavera de 1662, cuando por fin entró en Yakutsk como un héroe, trayendo consigo gran cantidad de colmillos de morsa y pieles finas, la riqueza principal de las tierras recién descubiertas. El gobernador y todos los habitantes de la ciudad recibieron al explorador como a un gran héroe. Recibió numerosos honores pero, sin duda, la mayor alegría para Dezhniiov fue el reencuentro con su amada Abakayada, quien, al igual que Penélope, lo esperó con paciencia y fidelidad durante todos aquellos años, y con Liubim, ya próximo a cumplir veintiún años y dispuesto a seguir la ruta paterna, pues ya había empezado su servicio como

suboficial cosaco en el mismo regimiento donde en otros tiempos había servido su progenitor.

Poco después del regreso de Dezhniiov, las autoridades de Yakutsk le concedieron el gran honor de viajar a Moscú a la cabeza de una gran delegación, formada tanto por los veteranos de las primeras campañas como por los jóvenes cosacos de la nueva generación, en su mayoría mestizos siberianos, entre los cuales también se encontraba el joven Liubim Dezhniiov. Llegaron a la capital en enero de 1664 y fueron recibidos en el Kremlin por el mismo zar Alexei. En la audiencia, Dezhniiov le entregó al soberano una generosa ofrenda de pieles de armiño, marta cebellina y zorro ártico, así como de “marfil ruso” y cofres llenos de polvo de oro de las famosas playas auríferas del Lena. El zar quedó impresionado tanto por la riqueza de aquellas tierras lejanas como por el relato de Dezhniiov sobre sus travesías, y en señal de reconocimiento de los méritos del explorador ante la corona le concedió un generoso premio en dinero y el título de *atamán*, el rango más alto de la tropa cosaca; además, ordenó al encargado del *Sibirskiy Prikaz*, especie de ministerio encargado de la administración de cargos y salarios para las tierras recién descubiertas, pagar todos los sueldos demorados en muchos años al mismo Dezhniiov y a todos los demás miembros de su expedición.¹⁰

De regreso a Yakutsk, ciudad que se había convertido en su auténtico hogar, el recién nombrado *atamán* emprendió una nueva expedición, esta vez en compañía de su hijo, explorando el territorio adyacente a los ríos Yana, Viluy y Olenek. En 1666 falleció Abakayada, su amada y fiel esposa yakuta; un año después de su muerte, Dezhniiov se volvió a casar con otra mujer yakuta cuyo nombre indígena era Kanteminka pero que, al convertirse al cristianismo, fue bautizada

como Pelagea. Era viuda del cosaco Iván Arbútov, miembro de la primera expedición de Dezhnirov, fallecido durante la travesía ártica; en 1667 ella le dio a Dezhnirov un segundo hijo llamado Afanasi, quien posteriormente eligió el mismo camino de su padre y su hermano mayor, alistándose en el regimiento cosaco de Yakutsk.

En diciembre de 1671 Dezhnirov partió nuevamente hacia Moscú con una carga de pieles y hueso de morsa y nuevos informes para el zar Alexei. Tras haber cumplido con el encargo oficial, quiso volver a su amada Siberia pero cayó enfermo y en enero de 1673 falleció en Moscú a la edad de 68 años. Los detalles de sus últimos días se desconocen, al igual que el lugar de su entierro.

En la historiografía rusa, a Dezhnirov lo suelen comparar con Cristóbal Colón. Al igual que el gran genovés, el valiente cosaco ignoraba la importancia de su propio descubrimiento; así como América no lleva el nombre de su descubridor, el estrecho que une el Océano Ártico con el Pacífico no recibió el nombre de su primer explorador sino del danés Vitus Bering, quien navegó en sus aguas casi ochenta años más tarde. El nombre de Dezhnirov fue prácticamente olvidado en la historia de los descubrimientos hasta el año 1736, cuando Friedrich Muller, historiógrafo alemán y miembro de honor de la Academia de Ciencias de Rusia, encontró en el archivo de la cancillería distrital de Yakutsk los informes de Dezhnirov y le dedicó una de sus conferencias en la sesión oficial de la Academia en San Petersburgo.¹¹ Sin embargo, la grandeza de la hazaña de Dezhnirov no fue debidamente valorada hasta 1890, cuando el miembro de la Sociedad Geográfica Rusa, Nikolai Ogloblin, publicó los apuntes originales del explorador, convirtiéndolos en un verdadero patrimonio nacional.¹² En 1889, en conmemoración de los 250 años del descubrimiento de Dezhnirov, por iniciativa de la Sociedad Geográfica Rusa, el extremo nororiental de Eurasia, que hasta entonces figuraba en los mapas como el cabo del Este, recibió el nombre de cabo de Dezhnirov. Desde entonces aparecieron numerosas investigaciones, biografías, novelas, obras de arte y películas dedicadas a la hazaña de aquel gran hijo de Rusia cuyo nombre por fin ocupa un digno lugar en la historia de los descubrimientos geográficos.¹³ ■

Anastassia Espinel Souares (Rusia)

Egresada de la Universidad de la Amistad de los Pueblos de Rusia. Ph.D. en Ciencias históricas. Desde 1998 reside en Bucaramanga donde se desempeña como docente de la Universidad Industrial de Santander (UIS) y de la Universidad de Santander (UDES). Ha publicado varios artículos sobre temas históricos en diferentes revistas internacionales. Autora de los libros: *Sol de Libia* (2002), *Masimisa león del Atlas* (2003), *El hombre de las flores* (2005), *Catalina II, la gran leyenda de Rusia* (2005), *Auca sin nombre* (segunda edición 2006), *Cuentos de los vencidos* (2007), *Héroes y leyendas de la Antigua Rusia* (2008), *El Mundo Antiguo: misterios, enigmas, hipótesis* (2009).

Notas

¹ Sobre la primera expedición rusa a Siberia ver “Yermak, la gran aventura siberiana”, de la misma autora del presente artículo, en: *Revista Universidad de Antioquia*, N.º 289, julio-septiembre de 2007, pp. 80-87.

² Antigua medida de peso rusa equivalente a 16 kilogramos.

³ Elena Nikoláyevna Avadiayeva y Leonid Ivánovich Zdanóvich. *Los grandes navegantes de Rusia*. Moscú: Veche, 2000, p. 179 (en ruso).

⁴ Lev Mijáilovich Demin. *Dezhnirov*. Moscú: Molodaya Gvardia, 1990, p. 97 (en ruso).

⁵ *Ibid.*, p. 99.

⁶ *Ibid.*, p. 101.

⁷ Zoya Petrovna Sokolova. *En las extensiones de Siberia*. Moscú: Russkiy Yazyk, 1986, p. 130 (en ruso).

⁸ Los *koch* eran embarcaciones de vela usadas por los comerciantes y exploradores del Ártico en el siglo XVII. Tenían uno o dos mástiles y remos, y dos timones (uno en la popa y otro en la proa para maniobrar mejor en medio de los témpanos de hielo). Su aparición data del siglo XII y estuvieron en uso hasta finales del siglo XIX.

⁹ Alexei (Alejo) Mijáilovich El Piadoso (1629-1679), zar de Rusia entre 1645 y 1679, el segundo de la dinastía de los Románov. Su reinado se recordó por una sucesión de guerras e insurrecciones y al mismo tiempo por una serie de importantes reformas político-administrativas, el creciente aumento del prestigio internacional de Rusia y nuevos descubrimientos geográficos en Siberia Oriental y Lejano Oriente.

¹⁰ L.V. Demin, *Ibid.*, p. 267.

¹¹ Friederich Muller. *Descripción de los viajes realizados por los navegantes rusos por el Océano Ártico y los mares orientales*. San Petersburgo: Ediciones de la Academia de Ciencias de Rusia, 1869, p. 112 (en ruso).

¹² Nikolai Nikoláevich Ogloblin. “Semyon Dezhnirov (1605-1673)”. En: *Revista del Ministerio de Educación*, N.º 272, 1890, pp. 35-63 (en ruso).

¹³ Se destacan la película *Dezhnirov*, que se estrenó en pantalla en 1983, producida por Nikolai Gusarov, con el actor Alexei Buldakov en el papel protagónico, y la novela *La hazaña de Semion Dezhnirov*, de Serguei Márkov (1906-1979), publicada por primera vez en 1948 y reeditada muchas veces en ruso desde entonces.